

Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo

Cinco franceses en Toledo

Todos en Toledo somos un poco viajeros. Aunque unidas obligación y devoción nos quiten el sabor espontáneo de las cosas, tienen éstas tanta fuerza que se imponen por sí mismas y transforman las horas diarias en una delicia, en una gloria.

Mas lo importante, lo que confirma las propias sensaciones, es contrastarlas con las de los viajeros auténticos, y especialmente con ojos lejanos, con pupilas extrañas. Acostumbradas a otras atmósferas, a distintos ambientes, reaccionan con más vigor y hacen observar perfiles imprevistos o quizá apenas vistos, escorzos originales que el hábito cegó.

Vamos a examinar ahora cinco versiones distintas de Toledo, todas ellas debidas a intelectos de un solo país, Francia: Cinco franceses en Toledo. Cinco franceses van a decirnos cómo era Toledo en distintos instantes.

Hay dos versiones de escritores románticos, aunque las versiones precisamente no pequen de románticas; otra, la tercera, estrictamente moderna (moderna en el sentido trascendente que tuvo de descubrimiento de matices inéditos), y las dos últimas, contemporáneas.

No coinciden entre sí las cinco, y en ello reside su intransferible encanto. Un mismo tema, a veces, ofrece contrapuestos destellos. En algún caso concreto —la interpretación del Greco y su pintura—, hemos de ver cómo el motivo va creciendo y, al

paso de una mano a otra, lo que apenas en el principio es una pura adivinación, llega al final a constituir una obsesión absorbente, clavada con exactitudes casi geométricas.

Pero pasemos revista ya, uno a uno, a los «cinco franceses en Toledo».

Gautier, Latour, Barrés, Carco, Schwob:

Arrancamos del romanticismo. Para la visión vigente y panorámica de Toledo no podemos partir de otro punto. Y precisamente de Gautier, que representa —entre los muchos visitantes franceses de las primeras décadas del siglo XIX— la mirada más aguda, más amplia, más llena de colorido, y sus impresiones las más certeras y características. Es cierto que el libro famoso del gran poeta sobre España es muy conocido, pero su omisión por nosotros dejaría incompleto un examen sobre determinados puntos y especialmente sobre lo que para Toledo es primordial: el Greco. Latour confirma más ampliamente cuanto Gautier apunta, y su libro sobre la ciudad (ceñido exclusivamente a Toledo) es fundamental en la bibliografía toledanista. También hay que decir que una de las obras de Barrés está muy divulgada (e incluso circula todavía por muchas manos cierta traducción, bastante deficiente, del año 1914); pero la labor barresiana constituye piedra angular en la interpretación de vivos aspectos. Carco y Schwob significan dos testimonios *actuales* (casi actuales), y, entre otros muchos, estos dos, cada uno por su lado, sirven muy bien de contrapunto para la fijación de conceptos universales y permanentes.

Théophile Gautier

Cuando el gran Teo viene a España, tiene veintinueve años. Es en 1840. España: un país pintoresco y terrible, infestado de bandidos. La aventura española es eso: una aventura. Atravesar la Península es jugarse la vida; pero en ese juego —fieramente delicioso—, qué inmenso placer, qué prodigiosa emoción.

El País Vasco, Burgos, Valladolid, Madrid, El Escorial, son visitados por el poeta con los ojos curiosamente abiertos. Muchas leguas sobre galera o diligencia, en largas peregrinaciones por los viejos caminos, han cobrado encanto con el temor de los bandidos; sin embargo —reconoce el escritor— ello es exagerado, pues en las zonas más peligrosas no ha visto nada que justifique el pánico proverbial.

Toledo (1). Toledo es una de las más antiguas ciudades, no solamente de España, sino del Universo entero. Se sale de Madrid por la puerta y el puente llamados también de Toledo, adornado este último de jarrones, volutas, estatuas y rizos de gusto mediocre y, no obstante, de efecto majestuoso.

Camino detestable. Llanura interminable, polvorienta, cubierta de trigos y centenos, cuyo amarillo pálido únese también a la monotonía del paisaje. Cruces de mal augurio, puntas de campanario revelando algún lejano burgo desapercibido, lechos de arroyos secos... En Illescas, el almuerzo: sopa de ajo con huevos, tortilla con tomate, almendras tostadas y naranjas; todo rociado con Valdepeñas bastante bueno, «pero tan espeso que pudiera cortarse con cuchillo». A partir de Illescas, el camino se hace más accidentado y, por tanto, más abominable; no hay sino hondonadas y derrumbaderos.

La entrada a la ciudad realizase por una magnífica puerta árabe, de arco elegantemente dilatado, con pilares de granito rematados de bolas y recargados con versículos del Corán. Es la

Puerta del Sol, destacada admirablemente sobre la limpidez de un cielo lapislázuli.

Próxima a ella se encuentra una terraza, desde la que se goza una vista inmensa. Se descubre la Vega, con árboles y cultivos. El Tajo, atravesado por los puentes de San Martín y Alcántara, rueda vertiginosamente en olas amarillentas y abraza casi enteramente la ciudad. Bajo esta terraza, deslumbran los tejados morenos y brillantes de las casas, los campanarios de conventos e iglesias, en dameros verdes y blancos; y, más allá, colinas rojas y descarnados escarpados, cierran el horizonte. La transparencia de la atmósfera deja en toda su pura nitidez las líneas de las cosas y permite discernir hasta los menores detalles.

Fonda del Caballero. Buena construcción, con un patio interior enlosado de mármoles de color formando mosaico, con pozo de mármol blanco y pilas revestidas de azulejos; columnas y arcadas, y, en el centro, un surtidor. Un «tendido» de lona se repliega por la noche para dejar penetrar la frescura de un cielo estrellado. La comida es bastante aceptable: chuletas, huevos con tomate, pollos fritos, truchas del Tajo y una botella de Peralta, «vino caliente y aromático, de cierto saborcillo moscatel».

Las calles de Toledo son extremadamente estrechas; se podrían asir las manos de una fachada a otra. Pero, en el fondo de estas profundas cortaduras, formadas por islas de casas, se goza de una sombra y un frescor deliciosos; y así, en ellas, el plomo derretido que Febo lanza no alcanza nunca. Las mujeres salen a pie, con zapatitos de raso negro; y, sobre el pavimento de guijarros agudos y brillantes, son de ver los pasos de gacela correteando alegremente.

Las mansiones toledanas presentan un aspecto imponente y severo. Tienen pocas ventanas, y, aun éstas, habitualmente enrejadas. Las puertas, con pilares de granito azulado, coronadas de bolas, tienen un aire sólido y macizo, con constelaciones de clavos enormes.

El Alcázar está situado, a manera de Acrópolis, en el punto más alto de la ciudad. El ardiente sol, que enrojece el mármol y presta a la piedra tonos de azafrán, lo ha revestido de un traje de colores ricos y vigorosos. Hay una escalera, de elegancia de hadas, con columnas, rampas y peldaños marmóreos, que conduce a una puerta que se abre al abismo. Desde arriba se colum-

bra una vista maravillosa, un panorama verdaderamente mágico: la Catedral, enfilando al corazón del cielo su flecha enorme; San Juan de los Reyes, el Artificio de Juanelo, el Puente de Alcántara, el Castillo de San Cervantes... Todo envuelto en una admirable puesta de sol, en la que el cielo pasa del rojo vivo al naranja, después al limón pálido, para acabar en un extraño azul, color de turquesa verdosa, que se funde con las tintas lilas de la noche.

La Catedral. Sólidos contrafuertes, ángulos limpios y desnudos, espesa coraza de piedra labrada, campanario de robusto aspecto; revestida toda la magnífica construcción de un tono rojizo, como de pan quemado. El interior se halla esculpido cual una gruta de estalactitas. La impresión que se experimenta dentro, es de las más vivas y grandiosas: Naves altísimas, columnas que creyéranse torres, vitrales donde la esmeralda, el zafiro y el rubí, fulgen. El retablo mayor vale él solo por una iglesia; y, allí, hornacinas, estatuas, follajes, arabescos, suben hasta la bóveda, entre los matices leonados y calientes del dorado antiguo. El coro, es lo más puro, perfecto y mejor dibujado del Renacimiento. La capilla de la Virgen se halla enteramente cuajada de pórfidos y jaspes, con vetado amarillo y violeta, de una riqueza que supera los esplendores de «Las mil y una noches». En la sacristía, hormiguea por el techo un mundo de ángeles y de alegorías, en las actitudes más originales. Dentro de ésta, custodiase un tesoro: capas de brocado, encajes maravillosos, urnas de plata, cruces de diamantes, bordados pendones... Y también el guardarropa de la Virgen, torrente de pedrería.

San Juan de los Reyes. Una colección de estatuas, en nobles actitudes caballerescas, decora su exterior. Multitud de cadenas suspendidas de argollas, tapizan los muros de arriba abajo; ello da a la iglesia un falso aire de prisión. El claustro, abandonado, es de admirable elegancia; columnas esbeltas sostienen, sobre sus floridos capiteles, arcadas ornadas de nervaduras y encajes, de una extrema delicadeza. En el interior del convento, el refectorio posee una espantosa pintura colocada sobre la puerta: un cadáver en descomposición, con todos los horribles detalles «en que tanto se complacen los pinceles españoles».

Próxima, la mezquita sinagoga. Después de atravesar un patio de inculta vegetación, con una higuera de un verde intenso y brillante en el centro, ¡qué sorpresa! Pleno Oriente: delicadas

columnas con capiteles abiertos como turbantes, arcos turcos, versículos del Corán, techo raso en compartimentos de madera de cedro, óculos abiertos en lo alto... Nada falta. *¡Y ello para ser utilizado como taller y habitación de un carpintero!*

Toledo agota: el pavimento de punta de diamante suscita gana de echarse al suelo y andar un poco sobre las manos, como los *clowns*, para reposar los pies doloridos.

Hospital del Cardenal. Edificio de proporciones amplias, severas. Hay que atravesar el patio, de columnas y arcos, para examinar la tumba, ejecutada en alabastro por el prodigioso Berruguete. *Jamás mascarilla de un muerto ha sido tan siniestramente fiel.* Niños, en actitudes desoladas, sostienen el plinto y el blasón del Cardenal; el barro más ligero y fácil, no tiene tanta libertad ni blandura como esto. «¡No está esculpido este sepulcro —clama el viajero—, se diría más bien amasado!»

Y ahora el poeta se enfrenta con el Greco en el propio e ilustre Hospital; solamente aquí (2). Veamos sus atisbos; constituyen casi un descubrimiento: «Se observan en la iglesia dos cuadros de Domenico Theotocópuli, pintor extravagante y raro que apenas es conocido fuera de España... La ardiente tonalidad del colorido de «La sagrada familia», la vivacidad de las telas, ese bello reflejo de ámbar amarillo..., contribuyen a tomarlo como un verdadero Ticiano... El otro cuadro, «El bautismo de Cristo», tiene abusos de blanco y negro, contrastes violentos, tintas singulares..., pero en todo ello reinan una energía depravada y una pujanza enfermiza, que traicionan al gran pintor y al loco de genio». Y confiesa después (y tómesese buena nota de esta exactísima adivinación): «Pocos cuadros me han interesado tanto como los del Greco, *pues los peores lienen siempre algo inesperado y cabalgando en lo inverosímil que sorprende y hace soñar*» (3). No hay más palabras sobre el cretense en el «Viaje de España», pero las transcritas están intensamente teñidas de precursora espiritualidad.

Las murallas de Toledo son de un efecto pintoresco. Las construcciones casan felizmente con las asperezas del terreno, y es difícil decir dónde termina la roca y comienzan los muros. ¡Y qué noble figura hace Toledo en el horizonte —termina exclamando estupefacto el viajero ante el panorama inmenso de la ciudad—, asentado sobre un trono de rocas, con cinturón de

torres y diadema de iglesias! ¡Qué perfil más firme y más severo, de un color tan rico y conservando tan fielmente la fisonomía de la Edad Media! ¡Silueta de admirable perspectival!

(1) Théophile Gautier: «Voyage en Espagne». Nouvelle édition revue et corrigée. Paris: Bibliothèque Charpentier. Eugène Fasquelle, éditeur. Rue de Grénelles, 1929. Págs. 136 a 175.

(2) Camille Mauclair («La espléndida y áspera España». Trad. de J. Campo Moreno. Aguilar, Madrid, 1931. Pág. 87) parece casi reprochar al gran poeta romántico lo superficialmente que, en Toledo, pasa sobre el Greco: «En 1840, se detiene Gautier muy poco ante el *loco genial*».

(3) Glosando estas palabras, que transcribe en el idioma original, comenta D. Manuel B. Cossío («El Greco». Suárez. Madrid, 1908. Pág. 480): «Así comienza la rehabilitación del pintor». Y en el párrafo anterior (pág. 479), recogiendo sutilmente lo que Gautier significa para el espíritu de la primera mitad del siglo XIX: «El Greco es, ante todo y sobre todo, un *rebelde*, y el romanticismo había forzosamente de adivinarlo, entonando el primer himno en alabanza de sus geniales *despropósitos*».

Antoine de Latour

En 7 de Octubre de 1859, firma Antoine de Latour en Montmorcency su libro famoso sobre Toledo (1). Las 460 páginas de que consta muestran una visión detallada de la ciudad, quizá posiblemente demasiado literaria, con sugerencias apoyadas en una excesiva literatura. Mas hay, sí, desde luego, en lo que tiene de visión directa este libro, tacto emocionado de las cosas, sensibilidad delicada y sutil.

Pocas veces ha sido recorrida una ciudad como Toledo con el fervor y la devoción inigualados con que la ha visitado este francés exquisito. Su documentación quizá no haya sido demasiado excelente y justifique las palabras de Menéndez Pelayo: «Este trabajo abunda en errores cronológicos y de detalle, como todos los de su autor, que no presumía de erudito, pero que fué un *dilettante* ameno y simpático, y un vulgarizador inteligente de nuestras cosas» (2).

Latour era un buen escritor. Recordaré siempre con fruición la lectura de sus bellas glosas al conocido libro del italiano Pellico. Las leí, por cierto, en una deliciosa edición, que poseo, de «Mis prisiones», editada en Madrid en 1863. A través de la indirecta prosa, se adivina perfectamente la frescura del original, gratísima (3).

Veamos resumidamente algo de lo mucho y curioso que cuenta Latour de la imperial ciudad. Llega a Toledo por segunda vez; ha estado ya años antes. Pero este segundo viaje le sirve para abrir mejor sus ojos y recorrer Toledo con serenidad y honradez, valorando de manera sincera y, en lo que cabe, exacta, las riquezas artísticas y monumentales legadas por los siglos a la urbe admirable.

Rindamos justicia —comienza pidiendo, con frase atinadísima, el minucioso francés— al camino de hierro de Toledo: No arroja bruscamente al visitante en medio de sus grandes ruinas; le deposita respetuosamente a la orilla del Tajo, al pie de esas abruptas murallas que la naturaleza ha levantado en torno a la ciudad de

Alfonso VI y de Carlos V. Y préstale también la magia del primer golpe de vista.

Es la hora del sol poniente el mejor momento para llegar: Cuando envuelta la ciudad en luminosa aureola, puede contemplársela recogida en sí misma, en el centro de montañas que la ciñen y de las que sólo está separada por el barranco profundo donde discurre el Tajo.

Aislado por masa de rocas, en la que se diría germinado, Toledo presenta a primera vista un aspecto sorprendente; y la impresión que se recibe no hace sino dilatarse a medida que se avanza y escala cualquiera de las vecinas alturas; «pues a cada paso dibújase más limpiamente alguno de esos monumentos cuyo nombre por sí sólo constituye una fecha en la historia de España».

...Vale más, ciertamente, hacer revivir Toledo prendiéndole en el poético desorden de sus elementos diversos: Mezcla original, confusa, sorprendente, de una triple civilización, en que lo godo se enfrenta con lo romano y lo árabe se codea con lo judío; donde al lado de la iglesia se erige la mezquita, donde sobre el circo se levanta la basílica, donde una fecha cubre otra sin borrarla, y en que los siglos, las razas, las religiones, se entrechocan o funden; y a cada paso, en fin, el pasado brota a través del presente.

Siguiendo una avenida de arbolillos se alcanza la ruta que conduce, a través de una cuesta muy pintoresca, a la Puerta del Sol. Por este pórtico árabe, el viajero penetra en la ciudad. Puerta de carácter original que recuerda otra de la Alhambra. *Mas aquí —observa—, como en Granada y en todas partes, sobre el monumento árabe el genio cristiano ha impreso sus huellas.*

Franqueando la Puerta del Sol y continuando la subida, se llega en breves minutos al Zocodover. Este nombre, tan repetido en los anales de Toledo, sugiere a la imaginación un vasto emplazamiento. «Pero la famosa plaza —puntualiza el escritor—, es en verdad más linda que grande». Forma un cuadrilátero plantado de árboles. Algunos grupos silenciosos de gentes del pueblo, detrás de los pilares de unos soportales, no turban apenas la soledad.

Cuando por primera vez se ponen los pies en estas rúas toledanas, lo que en principio atrae la atención es un sentimiento de abandono y miseria: ¡Paredones que amenazan derrumbamiento y ningún alma transitando! La calle principal, la que conduce al

Ayuntamiento y la Catedral, 'calle mercantil por excelencia, no se encuentra más animada que las otras. Está formada por una doble hilera de tiendecillas bajas y oscuras, entre las cuales se distinguen muy a duras penas las que fabrican los famosos mazapanes. Desde esta vía se cae, mejor que se entra, en otra, y desde esta última en una tercera que termina bruscamente, descendiendo dos o tres peldaños, frente a un pórtico de ricas esculturas: Es una de las más bellas puertas de la Iglesia Mayor.

Si la capital de los monarcas godos, de los emires, de los reyes de Castilla —razona ahora agudamente Latour— estaba obligada a tener un grandioso alcázar, la santa ciudad de los Concilios, la silla de los grandes arzobispos, necesitaba también una de las mejores Catedrales de España. La de Toledo, cuenta entre las más bellas. El historiador Mariana la denomina «la rica». En ella se resume el Toledo de todas las edades. Sus santos, sus reyes, sus héroes, sus preladados, han dejado, hasta en los menores rincones, huellas de su paso; uno sus reliquias, otro su estatua, un tercero el sepulcro. Cada piedra de la Catedral es una página en los anales de la urbe: El sonido de los pasos sobre las losas levanta siempre el eco lejano de una leyenda, despierta una tradición. Y a medida que se avanza por el recinto, respírase el gran recogimiento que reina en torno. Hay otras Catedrales españolas que, siendo también magníficas, pierden su majestad precisamente durante el culto por la concurrencia humana; en ésta, por el contrario, siempre a toda hora y en toda ocasión, perdura un silencio admirable.

Es costumbre en España que haya una parroquia aneja a la Catedral. En Toledo lo es la capilla de San Pedro, bellissimo edificio. El arzobispo Sancho de Rojas hizola construir para ser enterrado en ella. En tanto se descende de nuevo a la Catedral por ocho escalones de piedra, obsérvase frente a la puerta, y sujeta a un pilar, una concha de mármol negro, en la que reposa una colchoneta de cuero. Es aquí donde se deposita a los recién nacidos cuando los padres les rehusan. El Cabildo, que ha preparado este lecho con sus manos misericordiosas, no reclama de los padres sino una cosa: en una inscripción ruega manifiesten si el niño está o no bautizado.

La sacristía de la Catedral tiene tamaño y forma de iglesia. Es un gran rectángulo. El suelo se halla cubierto de los más ricos

mármoles, que acompañan dignamente los esplendores de la bóveda. En ésta se desenvuelve una inmensa y admirable pintura de Lucas Jordán, representando el milagro de San Ildefonso.

Sobre el altar mayor, erigese un cuadro célebre del Greco, el «Expolio de Cristo». Toda la obra aparece sellada por una realidad soberana, «que en absoluto denuncia todavía la locura del pintor». *Mas donde surge de forma que oprime el corazón, es en la serie de apóstoles que cubre toda la vuelta del local. ¡Vigorasas pinturas! «Pero, en ellas, la expresión exaltada de las miradas, extravía el pensamiento de ese dulce evangelio que los doce discípulos tuvieron el encargo de llevar por el mundo».*

¡Locura del Greco! El escritor participa honradamente de esa creencia. Veamos cómo incide de nuevo en ella, al enfrentarse con el pintor otra vez. En Santo Tomé, contemplando el «Entierro»: «Llegamos ante una iglesia cuya torre morisca atrae; el edificio es pequeño pero de bellas proporciones. Posee además un tesoro único: la obra maestra del cretense. *Jamás el genio del pobre insensato quedó marcado de manera más impresionante.* La parte humana del cuadro, es decir, el muerto y cuantas figuras le rodean, es admirable. Todas las cabezas están vivas; todos los personajes encuéntranse agrupados con arte, y la distribución de la luz consigue felizmente destacar la unidad del conjunto. Pero nada de esto se halla en la parte superior de la obra: *El cielo es un caos de nubes, reflejando el desorden del cerebro del pintor.»*

(1) Tolède et les bords du Tage. Nouvelles études sur l'Espagne, par Antoine de Latour. Paris, Michel Lévy frères, libraires-éditeurs. Rue Vivienne 2 bis. 1860. (El ejemplar me fué gentilmente facilitado por la Biblioteca Nacional de Paris, a la que, desde aquí, expreso mi más rendida gratitud).

(2) Marcelino Menéndez y Pelayo: Obras de Lope de Vega. Observaciones preliminares. Tomo 8.º (1898).—Referencia al libro de Latour en nota de la página CXVII.

(3) Silvio Pellico: Mis prisiones. Contiene además los capítulos inéditos y un apéndice de M. Antonio de Latour, etc.—Imprenta de Andrés Mellado. Costanilla de Santa Teresa, 3. Madrid, 1863.

Maurice Barrés

«El paisaje de Toledo y la orilla del Tajo, cuéntanse entre las cosas más ardientes y más tristes del mundo». Así empieza Barrés su «Exaltación en la soledad», primera parte del «Amador de almas» (1). En Octubre de 1893, fecha estas páginas sobre España. Pero en otro capítulo (2), titulado precisamente así, «En España», y fijado el recuerdo en Abril y Mayo de 1892, el ardor y la tristeza españoles alcanzan máximas cimas de interpretación lírica. Toledo tiene también aquí su página, «Excusas a Berenice», como antes puede decirse era Toledo todo el «Amador de almas». Más tarde, en 1912, el gran escritor dará a la estampa su libro, redondo y definitivo, sobre la maravillosa ciudad: «Greco o el secreto de Toledo».

Tres veces ha acudido Barrés a escuchar la canción de España, a gozar la caricia de su ambiente, el murmullo de su misterio. Y ¿no es quizá en Toledo donde palpita mejor esta alma estremecida de España, donde fluye la sangre más compleja y antigua?

En «Excusas a Berenice» hay una página admirable que sólo puede comprenderse bien contemplando el estricto escenario en su prístina emoción de paisaje espléndido, que no menoscabarán los siglos: «Desde el Miradero, próximo a la Puerta del Sol —escribe—, ¡qué pujante y vasta en la noche la vista, sobre las ruinas del arrabal de la Antequeruela! Belleza que no llegué a agotar, pero que no volveré a ver más; hubiera querido traer a Berenice de la mano a fin de que gozara el sabor de este lugar, suelo, vegetación, ciudad y barrancos, de una dureza tan intensa. Toledo, sobre mis recuerdos de España, surge con la violencia del grito furioso que de pronto sube, en la dulzura de los domingos de Andalucía, sobre la arena de los toros. Con sus mansiones de ventanas escasas pero severas, enteramente enrejadas; con sus ásperos callejones entrelazados sobre la roca ardiente; con cuevas descarnadas que la envuelven, fértiles solamente en guijarros y en perfume violento...».

Así Toledo se yergue, alzando su trono sobre un desierto sublime; mas esa indignancia, esa pobreza desértica del paisaje que se abre a los ojos, recibe también un hálito balsámico. Y qué

gozo si, por encima de la Puerta de Visagra, en la más alta terraza desde donde la ciudad desploma sus vertientes, se puede respirar el frescor que asciende de las aguas del Tajo.

Sí. Toledo, desierto sublime. Pero es preciso vivir en él día a día, a pesar de las hórridas fondas. Subraya el escritor un matiz eutrapélico en estas frases, que quizá ya, afortunadamente, han perdido actualidad: «¡Cocina demasiado parca y demasiado sucia de esta noble ciudad! Os lo juro: el bienaventurado Pacomio, que fué beatificado por lo que hubo ingerido durante veinte años de Tebaida, no aduce mayor mérito que el de aquel que, instalado en Toledo, a expensas de su estómago, se enriquece de títulos dignos para el culto».

En la «Exaltación de la soledad», reitera Barrés esa fuerza de Toledo; soledad y desierto confundidos en el paisaje: «Toledo —son sus palabras—, a cuyos pies se tiende el semicírculo amarillento del Tajo, tiene el color, la rudeza, la orgullosa pobreza de la sierra en que está colocado y cuyas fuertes articulaciones dan, desde el principio, una impresión de energía y de pasión. Es menos una ciudad, cosa banal y plegada a las comodidades de la vida, que un lugar significativo para el alma. Bajo una luz cruda que presta a cada arista de sus ruinas un vigor, una nitidez, por los que se sienten firmes los caracteres más débiles, es al propio tiempo un misterio, con su Catedral tendida hacia el cielo, sus alcázares y sus palacios que no miran sino por invisibles patios. Así, secreta e inflexible, en este áspero país quemado, Toledo aparece como una imagen de la exaltación en la soledad, un grito en el desierto».

¡Viejo Toledo, lleno de arrugas milenarias! Los años no pueden trazar más huellas, tanto es ya viejo; ni tampoco la Historia, tanto es ya legendario. Su luz, sí: Su luz y su aire siempre son nuevos, recién estrenados, maravillosos. Cuando se ven desfilar jinetes sobre cabalgaduras por el Puente de San Martín, inmersos en la luz y en el aire de Toledo, son acaso luz y aire ellos mismos. El tintineo de las caballerías, óyese aislando cada cascabel su sonido en el aire seco y caliente, donde la transparencia de la atmósfera suprime las distancias.

¿Descorrerá Barrés los velos que ocultan el secreto de Toledo? (3)

A través del Greco, trata de adivinar el misterio milenario de la prodigiosa ciudad. En Santo Tomé, erigese una torre alta, de

ladrillos rojizos: Esta iglesia, casi ruinosa y miserable, es el mejor relicario para el «Entierro del Conde de Orgaz».

La pintura ocupa todavía el lugar en que la instaló el artista. «¡Extraño genio discordante este Greco!», clama Barrés ante ella. *¿Es posible — se pregunta asombrado — que el realista que acaba de plasmar veinticuatro retratos de caballeros toledanos, sea el visionario que nos transporte al reino de las larvas y de los sueños?* De un tema local bastante pobre, ha conseguido el Greco levantar infinitos sentimientos del alma española. Muchos críticos afirmaron que fué un hombre genial el pintor, pero que perdió la razón (4). Mas es preciso situar el problema en su punto exacto: «No, razona Barrés: Nos encontramos delante de un espíritu fuerte y singular, al que es muy justo escuchar atentamente» (5).

(1) Maurice Barrés: «Du Sang, de la Volupté et de la Mort». Édition définitive. Paris, librairie Plon. 8, rue Garancière. 1921. Pág. 31.

(2) Ibidem. Págs. 139 y siguientes.

(3) Maurice Barrés: «Gréco ou le Secret de Tolède». Nouvelle édition augmentée de quelques pages inédites, avec seize reproductions hors texte. Paris, librairie Plon. 8, rue Garancière. 1924. Págs. 7 y siguientes.

(4) Obsérvese: En Gautier, «fou de génie»; en Latour, «pauvre insensé». La fiebre de la demencia del Greco —inventada por el romanticismo—, no remite sino hasta finales de siglo. Pero es sustituida por otros peregrinos prejuicios; por ejemplo, el señalado por Barrés en su «Marginalia de 1923» («Gréco», citado. Pág. 157): el del «astigmatismo hipermetrope», apuntado en 1912 por un oculista español y presentado ya con anterioridad por los críticos alemanes.

(5) Parece que ahora —más de un cuarto de siglo después de la muerte de Maurice Barrés y casi apagado su influjo intelectual—, se asiste en Francia a un renacimiento de su estimación literaria. Un libro de Pierre de Boisdeffre (Amiot-Dumont, 1952), recoge las opiniones de ilustres escritores de diversas tendencias, sobre la obra y la influencia barresianas. André Maurois afirma que, en su juventud, amó y admiró, entre otras páginas, las del «Secret de Tolède». André Malraux, cree que un libro de ensayos del tipo del «Du sang», constituye una fecha en la literatura francesa. Jean-Louis Curtis, confiesa que un día fué extremadamente sensible a los «prestigios del estilo», a la famosa «cadencia barresiana», y que, cuando viajó por España, contempló Toledo a través del «Gréco» y del «Du sang». Michel de Saint-Pierre, acata el magisterio de Barrés y expresa que abre por décima vez su volumen sobre el maravilloso pintor.

Francis Carco

Ya está el novelista en Zocodover, una mañana luminosa de domingo primaveral (1), entre la fantástica animación de la irregular plaza, desbordando turistas las arcadas de los cafés, paseando los cadetes con aire engallado y juvenil, entre atónitos aldeanos de anchos sombreros. Ha dejado atrás el escritor, desde Madrid, la árida tristeza de Parla, de Torrejón, de Illescas, «pequeños burgos recocidos, sobre un suelo resquebrajado».

Ya está en Zocodover. Y, apenas puesto el pie en el suelo, un golfillo de diez años le insta, perentorio: «¡Por aquí!». Cruce de callejas zigzagueantes, desde cuyos balcones las muchachas miran y sonríen. «¿Pero a dónde me llevas, a dónde vamos tan deprisa?». Y el chico: «A Santo Tomé y, después, a la casa del Greco. Eres francés: franceses siempre Greco, americanos siempre Catedral».

Mas, antes de proseguir, he aquí, en extracto, la noticia biográfica de Francis Carco, contenida en la antología del Sagitario (2), evangelio lírico un día del «esprit moderne»: Novelista, crítico de arte, poeta, fueron de versos sus primeros libros. Nació en Nueva Caledonia en 1886. Conocido especialmente por sus novelas, de las cuales, una de las primeras, «Jesús-la-Caille», es quizá la más feliz, escrita sobre muy espinoso asunto, y otra, «L'Homme traqué», galardonada con el Gran Premio de la Novela, por la Academia Francesa. En casi todos sus libros aparece en escena —en dichosa mezcla de lucidez, de realismo, de simpatía y de poética piedad, con psicología hábilmente matizada—, el mundo de los «emancipados», de los «irregulares», que no pueden adaptarse al trabajo normal y a la ley social.

Muy recientemente una periodista, Jeanine Delpéch, ha sorprendido al actual miembro de la Academia Goncourt, en el escenario de su propio hogar (3): «En la casa de Carco, muelle de Béthune —escribe—, la ventana parece encuadrar un paisaje de Marquet. Todo halaga el espíritu y los sentidos: las telas de sus amigos, las butacas profundas, las cerezas en aguardiente... El autor de «Morsures» vive con su público en la misma intimidad que un amante con la mujer querida, a quien se cuenta todo, salvo lo que ella desea desesperadamente saber».

Empecemos ahora el recorrido con Carco por Toledo.

En Santo Tomé primero. La célebre pintura se ve mal; no dispone de buena perspectiva. Las figuras humanas del admirable «Entierro», contrastan demasiado con la parte alta del cuadro. Y, si se sale fuera de las rejas, éstas truncan la composición. Un recuerdo a Barrés aquí; pues, como nadie, fué el intérprete de la solemne atmósfera de este «bel office» de los muertos, *de estos personajes severos, duros de cuerpo y de espíritu, capaces de alguna extraña fantasía, rara y triste*. ¡Han sido precisos dos hombres no españoles —dogmatiza Carco—, el Greco y Barrés, para dar a Toledo su acento! (4).

El Tránsito. Espectáculo sorprendente: rocas, piedras enormes, bloques caídos hacia el abismo donde, en el fondo, el agua gris y espumante del río se aplasta sin ecos. Parece como si en este instante el suelo acabara de abrirse a nuestros pies, y, aterrados por el desgarramiento, no hubiéramos todavía tomado entera posesión de los sentidos.

Próxima, la Casa del Greco es demasiado alegre, demasiado clara; digamósllo, demasiado artística, pero su encanto es indiscutible, no desprovista de estilo ni gusto. *La pena es que no se siente casi el recuerdo del pintor entre sus muros*. Mas, tal como es, a pesar de sus errores, la Casa del Greco, predispone a la reflexión. El Museo —austeridad disfrazada con flores—, está al lado, y nos sumerge en un ambiente preciso: Se contemplan la famosa «Vista de Toledo» y varios retratos de santos, de factura difícil; los del Cristo, y una serie de Apóstoles, de una buscada disonancia, *«cuyos ácidos acordes hacen rechinar los dientes»*.

Dédalo de frías callejas, con muros encalados y patios sonoros. Aquí y allá, un convento cerrado, una antigua capilla sin culto, una imagen de la Virgen en nicho con lucecita, un Cristo, un viejo palacio cuya piedra se deshace, un balcón cincelado y, en él, mujeres asomadas... Gracias a Dios, no existe ahora nada extraño por estas calles toledanas: *libres del tiempo, prendidos por el gozo, el deleite es perfecto*.

Posada de la Sangre. Debajo de un busto de Cervantes, esta inscripción: «Fué en la Posada del Sevillano donde, según la tradición y la crítica, escribió «La ilustre fregona» el más grande de los ingenios españoles, Miguel de Cervantes Saavedra, a cuya buena memoria la gratitud de los toledanos consagra un recuerdo,

el 23 de Abril de 1872, 256º aniversario de su muerte». ¡Soberbia inscripción, de gran sabor castellano! Estilo de circunstancias, noble, ampuloso, y, desde luego, superior a la apariencia del lugar. Dentro del patio, la clientela de arrieros permanece invariable. Una galería de madera, limpia y brillante, sobre la que se abren estrechas celdas rectangulares, de muros combados y encañados, con bancos, forma una decoración original, «que sería grata de vivir si no fuera por el sofocante olor de transpiración que anuda la garganta».

Descúbrese Toledo sobre su trágico peñasco, cuyos flancos se desploman en el agua del río. El sol los golpea con dureza, arrancando limpios destellos de acero. Toda esta masa rota, contraída, atormentada, aparece dominada por el Alcázar. Y, en el centro, la Catedral, con su peso macizo, imprime a la cima una presión de hundimiento.

Majestuosa bóveda gótica la Catedral. Grupos de extranjeros desfilan por sus naves. Se habla fuerte dentro, sin que se mermen en nada la grandeza ni la dramática piedad. A excepción del coro, de la capilla mayor y del crucero, el resto se considera como deambulatorio. *Los chicuelos saltan allí a la pata coja, las viejas se cuentan sus historias, las muchachas sus amores...* Pero hay de pronto, a continuación, un remover de sillas, un silencio repleto de cuchicheos. Voz sagrada en el púlpito: ¡Sermón vibrante, enérgico! El gran navío que es la Catedral se satura de tonantes palabras, como de un estallar de truenos.

(1) Francis Carco: *Printemps d'Espagne*. Albin Michel, éditeur. Paris, 22 rue Huyghens, 1929.—Páginas 25 y siguientes.

(2) *Anthologie de la Nouvelle Poésie Française*. Aux éditions du Sagittaire. Simon Kra, Paris, 6, rue Blanche, 1924.—Página 232.

(3) Jeanine Delpech: *Confrontation Carco-Groussard*.—*Les Nouvelles Littéraires*. Paris. Número de 10 de Agosto 1950.

(4) A Carco apenas le interesa el Greco, y no se rastrean en la obra del novelista sino vagas alusiones de sugestión barresiana. Carco solamente es atraído de verdad por el mundo «sournois» de «más allá de la Puerta de los Leones», que aquí, naturalmente, no podemos tratar.

René Schwob

Leamos ahora a René Schwob en sus «Profundidades de España». Schwob fué un hombre de aguda sensibilidad en urgente y llameante catolicismo. La muerte frustró, hace escasos años, esta inquietante promesa de gran escritor, móvil y vivo espíritu marcado por el destino con sello inalienable.

Se detiene en Castilla: Castilla, *tierra sin igual, que no se doblega* («*Terre sans égale et qui ne fléchit pas*»). Visita en Burgos la Catedral y la Cartuja de Miraflores. En Madrid, la plateresca Capilla del Obispo. Y admira a Velázquez y a los pintores venecianos del Prado; asiste a los toros y al baile flamenco. En el Escorial, contempla el San Mauricio. Y desfila por Segovia, extasiándose ante un retablo de Juan de Juní. Y piensa en Ganivet, el gran español. Por fin, llega a Toledo (1).

El primer contacto lo establece en la Catedral. En la capilla del Cristo tendido, en el muro exterior del coro, el sacerdote dice la misa casi mezclado con los fieles; las mujeres se abanicán; un hombre arrodillado, con los brazos ocultos, se diría un árabe. Del flanco del Cristo del retablo, escapa una ola espesa de sangre: España ha sido fiel, como ningún otro país, al culto de la sangre; la lucha contra la morisma, la Inquisición, la escultura policromada, la tauromaquia, tienen en ello un elemento común.

En la Catedral misma, está el Greco: el «Apostolado» y el «Expolio». *La mayor parte de los personajes parece componerse, sobre fondo de tormenta, de un remolino de pliegues y de carnes lanzándose en todas direcciones.* Y así se transforma toda la obra del pintor más en una imagen del misterio de la Trinidad que en nada terrestre; bajo el aspecto, muy particular, de que las formas desnudas son engendradas por los ropajes, como el fondo parece encarnarse en éstos. Tal tipo de pintura no es solamente religioso por los temas, siempre tomados de las Escrituras: es en sí mismo una revelación del misterio católico. La única finalidad del artista es traducir su propio éxtasis en presencia de una realidad cuyas relaciones con la realidad objetiva se reducen a la apariencia humana. «Si fuera necesario un signo para definir al Greco, debiera tomarse la cifra 3; pues, a lo largo de su triple

punta, la vista puede recorrerla indiferentemente desde un extremo a otro; el Greco imprime al espíritu una sacudida análoga».

En Santo Tomé. Meditación ante el cuadro inmortal. *El Greco no parece usar jamás sino tres o cuatro colores, mezclados en infinitas combinaciones, y el efecto de volúmenes en movimiento lo consigue mediante el empleo simultáneo de tintas frías al temple y de cálidas al óleo; Cézanne debió proceder de análoga manera.* La razón técnica de la buena pintura, es del mismo orden que su razón metafísica: en ambas, la necesidad de reunir en íntima comunión las apariencias más opuestas; aunque no es posible discernir, como en toda obra divina, dónde termina una y empieza la otra, cuál preexiste. La parte baja del cuadro, la de la muerte humana, emite una nota inesperada: parece como si difundiera el contenido igual que una fuente; y no hay que olvidar que esta parte no es más que una escena rectangular como un fétetro y terrestre: *¡Es arriba, en la parte alta, donde la fantasía mística del Greco se desencadena!*

Se ha dicho por algunos espíritus miopes, que el Greco jamás fué cristiano, que la serenidad de los rostros ante la muerte lo atestiguaba, y también el gozo que experimentaba el pintor al componer un bello cuerpo. Y así es cómo mentes poco sagaces han visto en el catolicismo solamente desesperación y mortificación, y en el Greco un heleno, y, en sus temas religiosos, pretexto para escapar de la Inquisición. Nada más erróneo: *su técnica denota, de manera inmediata y espontánea, un profundo esoterismo católico de irresistible vida espiritual, de confianza en la Eternidad.* Los personajes son serenos, pero no a la manera pagana, descuidada y sensual, sino llenos de alegría austera y de gravedad: Ofrecen el espectáculo de su aspiración a morir, esperando felices e impacientes la muerte. Ello léese tanto en los rostros de los caballeros como en los de los Apóstoles. Mezcla de ardor, de paz y de espera del fin terreno: «Tal es el catolicismo —resume definitivamente Schwob— y, tal también, su pintor».

Paseo por los Cigarrales. Lo que puede suscitar en el Greco la extraña partenogénesis que en él se manifiesta, tal manera de engendrar formas indefinidas, es, primordialmente, el aspecto de Toledo, donde nunca se llegan a alcanzar los límites de la roca, del suelo o de los edificios; donde cada cosa se refleja y encarna en las demás. Ciudad sin rúa exacta, que parece una frágil victoria

sobre la tierra y la piedra; urbe que trepa y descende, en torbellinos. Si es que acaso existe un «secreto de Toledo» que, en el plano de la plástica, el Greco haya adivinado, es éste de la comunión de las formas humanas con la naturaleza, el de una natural y sobrenatural reversibilidad. Los borriquillos mismos que pacen en la roca, no se distinguen apenas de ella; y la ciudad, colocada sobre pendientes que se derrumban, no subsiste en la cima de su árido acantilado sino en virtud de un inverosímil equilibrio.

En la pequeña iglesia de San Vicente; ante el lienzo de la Asunción: El ángel de la izquierda ha roto, definitivamente, con toda forma humana. Su cuerpo, o, por mejor decir, su veste, se enreda, desde los pies hasta el cuello, en un inmenso remolino. Otro, tiene los pies sueltos, aislados. Un tercero, no es sino una masa de ocre, con un ala desplegada y la otra recogida. El Greco ha querido pintar aquí el movimiento mismo de la elevación virginal: el mundo no le ha servido sino de pretexto; «y de ello ha resultado esta inmensa rueda elíptica a punto de girar».

Por lo demás —clama maravillado el escritor—, este lienzo no es un cuadro: *¡Es una llama que se eleva, una melodía parada en el más dulce instante!* (2). En los confines de la pintura y la música, por un extraño misterio, las formas se convierten en sonido (3). No hay aquí, como en el «Entierro», volúmenes que se repiten; o, como en el «Apostolado», el misterio de la Trinidad. Se siente uno subyugado: *¡Hay solo acordes, ascendiendo en un aire abrasado de llamas que se agitan!*

(1) René Schwob: «Profondeurs de l'Espagne». Orné de 16 planches. Bernard Grasset, éditeur. 61, rue des Saints Pères. Paris. Págs. 163 y siguientes.

(2) Esta mixta fuerza de llama y melodía, de la «Asunción» de San Vicente, fué ya interpretada magistralmente —aunque no con tanto vigor lírico— por nuestro Cossio (Ob. cit., págs. 348 y 349): «... Composición iconoclasta que, brotando en sutil ondulante llamarada del ramo de rosas y de azucenas...» «... Rostros, cuerpos y vestiduras, expresan con rara exquisita elegancia una íntima delectación contemplativa, un melancólico arroboamiento...»

(3) Alma musical adivinada también por Barrés («Grèco». Pág. 132): *«La Vierge s'élève dans les airs... Elle semble une voix, un chant qui vibre, ou bien encore un repos frémissant au milieu d'une danse.»*